

## Política moderna

Por: Fernando Spiritto<sup>1</sup>

Generalmente, política se identifica con poder. Ese poder es ejercido en toda la sociedad en la “forma de repartos investidos de autoridad o decisiones vinculantes”<sup>2</sup> que tienen al monopolio de la fuerza como respaldo y garantía fundamental. El alcance y las formas como se ejerce el poder, vale decir, la intensidad con que penetra las distintas esferas sociales, así como el tipo de estructura y los fines que persigue, conforman lo que conocemos como régimen político. “Por tanto, cabe esperar que en toda sociedad vamos a encontrar aquellos tipos de interacciones cuyo objetivo principal consiste en influir y modelar el procedimiento a través del cual los repartos de valores hechos por la autoridad se llevan a cabo en nombre de la sociedad. Son estas interacciones, tomadas colectivamente, las que constituyen el comportamiento al cual se refiere el término ‘sistema político’; es el estudio de esas interacciones el que proporciona el objeto de la Ciencia Política”<sup>3</sup>.

Haciendo una apretada síntesis, podemos distinguir en la actividad política y en la reflexión teórica sobre la misma (la Ciencia Política), varias etapas que resumen su larga evolución histórica.

La primera etapa se caracteriza por los esfuerzos hechos por los pensadores antiguos y medievales por diseñar un orden justo y perfecto, el cual resume Platón con su idea del príncipe gobernante. La segunda, que coincide con el advenimiento de la llamada “época moderna”, se concentra en la construcción de una estructura viable de poder, donde la dominación se ejerza con eficacia. Es la época de la consolidación de los modernos estados nacionales. La obra de Maquiavelo y Hobbes son buenos ejemplos de este período. La tercera etapa es una importante consecuencia de la anterior, en la cual se lucha por someter ese poder omnímodo, concretado históricamente en el Estado Absoluto, mediante la fijación de claros límites que no puedan ser sobrepasados por los gobernantes. Es la trascendental época del liberalismo que entre otras cosas nos legó la primacía de los derechos fundamentales, y las principales reglas político-constitucionales de la actualidad. Por último, se puede señalar el carácter que toma la política en las sociedades pluralistas e industrializadas de estos tiempos. Es el reino del equilibrio; del esfuerzo sostenido por alcanzar y mantener un orden que atempere los conflictos y coloque a los actores del sistema político bajo ciertas reglas comunes. La pérdida de ese equilibrio, o la ausencia o desconocimiento de esas reglas comunes, han dado origen a los más dramáticos episodios de este siglo: desde el totalitarismo nazi o comunista, hasta las férreas dictaduras militares padecidas por América Latina en los años sesenta y setenta.

La política, por tanto, es una combinación de todo lo anterior. Es el diseño y la implementación del gobierno justo; es el instrumento para la realización de fines superiores; es la construcción del gobierno eficaz; es la búsqueda de un orden social donde se aseguren los derechos de las partes y donde se negocien

constantemente los valores, los recursos que reparte el sistema político, y la forma como se negocian y establecen las metas colectivas.

Tal vez el paso más trascendental de la política y la reflexión sobre la misma haya sido la separación teórica del cuerpo político (llámesele como quiera: Estado, gobierno, sistema político, esfera pública, etc.) y la sociedad. Lo que hoy constituye un hecho indiscutido y casi inmodificable de la realidad ciudadana, a saber, que existen múltiples ámbitos privados donde los gobernantes no deben inmiscuirse, era algo absolutamente extraño al pensamiento político primigenio. Tanto en la antigüedad como en el medioevo prevaleció la idea de la comunidad como un inmenso todo indiferenciado donde la política y el poder abarcaban todos los ámbitos donde se desenvolvía la vida de los ciudadanos. Como ha dicho Martin Buber: "Esta interferencia del principio social y político es característica de la mayor parte del pensamiento de la antigüedad. En casi ninguno de los imperios del antiguo oriente encontramos elemento alguno para una distinción conceptual entre las comunidades estatales y extraestatales, evidentemente porque, en realidad, la última no gozaba de existencia y desarrollo autónomos"<sup>4</sup>.

Como observa el mismo Buber, no es sino hasta el Renacimiento cuando la gran cantidad de cuerpos intermedios que entonces existían son incorporados al pensamiento social. Al esto ocurrir, la reflexión sobre la política comienza a avanzar a pasos gigantes. Sobra decir que las nociones claves de la ciencia política actual, tales como pluralismo, derechos fundamentales, separación de poderes, o federalismo ("control vertical del poder", como lo llama Karl Loewenstein) no tienen sentido si ante no partimos del supuesto que frente al poder existen una amplia gama de sectores no estrictamente políticos que conforman lo que hoy llamamos sociedad civil. Dichos actores se encuentran hoy, al menos en el papel, protegidos por diversos mecanismos que los ponen a salvo del poder ilimitado. El más eficaz de esos mecanismos ha sido la división del poder, que como lo expresó Montesquieu en el célebre libro XI del *El espíritu de las leyes*, es la forma lógica de detener el abuso: "sólo el poder detiene al poder".

Como es obvio, los esquemas autoritarios confieren a la política una penetración en la sociedad mucho más profunda que aquella que la teoría política democrática normalmente tolera. Mientras el pensamiento democrático se preocupa por construir vallas protectoras entre el ciudadano y el poder, el pensamiento autoritario normalmente es la consecuencia de un liderazgo (bienintencionado o no) que busca introducir cambios radicales que no son negociables ni admiten disenso. Aquí encontramos las sabias advertencias de Edmund Burke contra la idea de la revolución: existe un peligro implícito en proyectos que plantean nociones abstractas y establecen ideas supuestamente inéditas sobre la razón general o política que deben imponerse a toda costa.

La experiencia histórica muestra claramente que la consecuencia más frecuente de los experimentos revolucionarios es la tiranía. El líder o el partido que encarna la revolución tiende a desconocer el pluralismo que es inherente a toda sociedad, al pensar que su proyecto es el único posible. Los cuerpos que median entre el ciudadano y el poder son desmantelados. Como nos dice William Kornhauser en su obra *Aspectos Políticos de la Sociedad de Masas* (P. 73), ello deja la puerta abierta al autoritarismo al establecerse un vínculo directo entre el

líder y las masas, al centralizarse la comunicación y la toma de decisiones, y al canalizarse la participación únicamente a través del Estado y otras estructuras de alcance nacional.

En función de lo anterior es que preocupan algunos de los rasgos más visibles del pensamiento político del presidente Chávez. Eso de “transformar a la República” mediante una “cirugía de largo aliento” y reivindicar “la exclusividad presidencial en la conducción del Estado”, como planteó en su famosa carta a los magistrados de la Corte Suprema de Justicia, sugieren una idea centralizada de la política (y no como la consecuencia de múltiples procesos concurrentes) que es totalmente contraria a la evolución de la teoría política moderna.

Como si fuera poco, el presidente tiene una visión geopolítica del Estado. En el noveno párrafo de su carta lo encontramos todo: superorganismos dinámicos, conflicto manifiesto, dinámica de espacios terrestres, lucha por la sobrevivencia, y eventual muerte o disolución de los estados. No hace falta recordarle al lector lo que todo eso significó para la democracia latinoamericana por medio de la tristemente célebre Doctrina de la Seguridad Nacional. Basta observar que, como nos dice Joseph Comblin en su obra *El Poder Militar en América Latina* (p.40), cuando se hace de la geopolítica la principal referencia de gobierno, la nación se convierte en un solo proyecto, en una sola voluntad. Y, por supuesto, ¿qué institución es más apropiada que la Fuerzas Armadas para liderizar ese proyecto?

La moraleja de esta historia es muy sencilla. La teoría política democrática se apoya en el pluralismo, la división de poderes, y el ejercicio del gobierno como la búsqueda del equilibrio y el compromiso. En estos tiempos de descentralización y globalización crecientes, tales requisitos son indispensables para que cualquier nación alcance los objetivos que los diversos sectores de su sociedad tengan planteados. Por solo mencionar un ejemplo familiar, la tan necesitada inversión privada responde mayormente a la estabilidad política y al respeto al Estado de Derecho. Si esos dos factores están ausentes, no hay incentivo económico que valga, como lo demuestra el caso de Venezuela en los últimos años.

A las puertas del siglo XXI un proyecto que busque concentrar el poder y se apoye en nociones abstractas no tiene futuro.

---

<sup>1</sup> Master en políticas públicas, Georgetown University. E-mail: fspiri@cantv.com.ve

<sup>2</sup> Easton, David. “Ciencia política” En: *Diccionario Internacional de Ciencias Sociales*.

<sup>3</sup> *Ibidem*

<sup>4</sup> Buber, Martin. *Entre la sociedad y el Estado*. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico. N.1, Vol 1, 1957.